

Los niños de la Guerra Civil*

ALICIA ALTED VIGIL**

UNED. Madrid

Resumen

El imparable desarrollo tecnológico producido desde el último tercio del siglo XX, junto a unas determinadas circunstancias socioeconómicas y políticas progresivamente más complejas, han tenido su expresión en una acentuada violencia, motor de los conflictos bélicos que se produjeron a lo largo del siglo XX desde que en 1914 estallase la Primera Guerra Mundial. Con este trasfondo, en este trabajo pretendo analizar la implicación que tuvo la Guerra Civil española en los niños, centrándome en especial en el fenómeno de la evacuación de menores a otras zonas del país o al extranjero.

Palabras claves: Niños, Guerra Civil española, «niño/a de la guerra», memoria, identidad, bombardeos, violencia, muerte, evacuación, colonias, exilio, repatriación, «niños del interior».

«Entre la ruina y el surco, nuestro brevísimo siglo XX –que se inició en Sarajevo y murió en 1994, también en Sarajevo– fue un siglo de progreso desigualado junto a una desigualdad incomparable.

El mayor avance científico y el máximo retraso político.

El viaje a la Luna y el viaje a Siberia.

* Fecha de recepción: 7 abril 2003.

** Profesora Titular de Historia Contemporánea. U.N.E.D. Facultad de Geografía e Historia. C/. Senda del Rey, s/n. Ciudad Universitaria. 28040 - Madrid. Telfs. 91 398 67 36 y 91 302 47 65; Fax: 91 398 67 18. E-mail: aalted@arrakis.es; aalted@geo.uned.es

La gloria de Einstein y el horror de Auschwitz.
La persecución implacable contra razas enteras, la guerra no contra ejércitos sino contra los civiles...»

Carlos Fuentes, *Discurso* con ocasión de concedérsele en 1994 el Premio Príncipe de Asturias de las Letras.

«Guerra es la palabra más triste que brota de mis labios temblorosos. Es un pájaro malvado que nunca descansa. Es un pájaro de muerte que destruye nuestras casas y nos arrebató nuestra infancia. La guerra es el pájaro del mal, que tiñe las calles de sangre y convierte el mundo en un infierno»

Palabras de Maida, una niña de doce años que, a principios de los años noventa, sufría en sí misma la guerra en la antigua Yugoslavia.

Desde principios del siglo XX los niños, o mejor la población civil en general, se han visto inmersos en todos los conflictos bélicos desencadenados, sufriendo sus consecuencias en un grado no alcanzado hasta entonces en la historia de la humanidad. La Gran Guerra de 1914-1918 fue el primer ejemplo de lo que se ha llamado «guerra total», en la que los frentes estaban en todas partes y no sólo en los campos de batalla, además se empezaron a hacer uso intencionado de prácticas en las que las principales víctimas eran la población civil: bombardeos aéreos a ciudades, asedios a poblaciones, deportaciones forzosas de grupos humanos... Por otra parte, la propaganda como medio de legitimación bélica y de adoctrinamiento y socialización ideológicos, empezó a tener una importancia fundamental y en ella los niños ocuparon un lugar de primer orden.

El concepto de «guerra total» se impuso en la Segunda Guerra Mundial, sobre todo por el carácter predominante de la aviación. Como señala Joanna Bourke: «Durante la Primera Guerra Mundial, la aviación tuvo sólo un papel limitado (aunque igualmente aterrador). La primera gran demostración del poder de la aviación para diezmar a la población civil se produjo con el bombardeo de Guernica, durante la Guerra Civil española de 1936 a 1939». Y en otro lugar escribe: «La Segunda Guerra Mundial del siglo había empezado en Europa y los niños se vieron atrapados en ella. Si las principales imágenes de la Primera Guerra Mundial fueron los soldados salpicados de barro en las trincheras, las de la Segunda Guerra Mundial serían de niños»¹.

En la Primera Guerra Mundial las bajas de población civil supusieron un cinco por ciento del total de muertos. En la Segunda Guerra Mundial esta cifra se elevó al sesenta y cinco por ciento. Entre 1945 y 1992 el total de pérdidas humanas generadas por las guerras alcanzó los veintitrés millones de personas, de los que quince eran población

1 *La Segunda Guerra Mundial. Una historia de las víctimas*. Barcelona, Paidós, 2002, pp. 23 y 29.

civil. En la última década del pasado siglo en torno al noventa por ciento de los muertos en conflictos bélicos fueron población civil, en especial niños.

En los últimos años la magnitud que ha alcanzado la implicación de los niños en las guerras y las consecuencias que, por activa y por pasiva, están sufriendo y que constituye uno de los varios aspectos que hipotecan la reconstrucción de un país tras una guerra, ha provocado el que los medios de comunicación presten una mayor atención al tema. A esto se unen las campañas de sensibilización promovidas por organizaciones de protección a la infancia, la celebración de foros, debates, jornadas... y la publicación de trabajos sobre el tema. Un jalón importante en este sentido fue el encargo que hizo en 1994 el secretario general de Naciones Unidas, Boutros Boutros-Ghali, a Graça Machel para que elaborase un Informe acerca de «La repercusión de los conflictos armados sobre los niños». Graça Machel era viuda del presidente de Mozambique Samora Machel y entre 1983 y 1989 había sido ministra de Educación de ese país. El Informe que elaboró, fue presentado a la Asamblea General de Naciones Unidas en noviembre de 1996 y produjo un hondo impacto a nivel oficial y en la opinión pública, lo que se tradujo en una serie de medidas y actuaciones en aras de una mayor protección de los niños frente a los conflictos bélicos.

Ese mayor interés por el tema despertado en las últimas décadas al socaire de los enfrentamientos bélicos que asolan distintos países de Europa (el conflicto en la antigua Yugoslavia), África, Asia o América Latina, ha tenido su correlato en la historiografía. En lo que se refiere a España y entrando ya directamente en el tema, es a principios de los ochenta cuando los niños que sufrieron la Guerra Civil española, empezaron a convertirse en objeto de estudio para los historiadores con la publicación de las primeras investigaciones dedicadas a reconstruir su historia; se perfiló entonces una línea historiográfica con rasgos propios y definidos que afortunadamente ha ido creciendo y afianzándose. En este proceso han desempeñado un papel importante los propios «niños supervivientes» a través de una doble vía: recuperación por ellos mismos de su memoria, a partir de una articulación de experiencias individuales, y colaboración con los historiadores que se acercaban a estos temas al aportarles sus testimonios, fotografías y otros documentos personales².

En este sentido, la historia de los niños de la Guerra Civil española es hoy en día y mientras no desaparezca esa generación, una historia que se va escribiendo a partir del trabajo conjunto entre historiadores y protagonistas, cada uno de los cuales se mueve en un nivel de reconstrucción de los hechos, pues, como afirma Jacques Le Goff, hay al menos dos historias: la de los protagonistas y la de los historiadores. Los primeros construyen su sistema de representación de la realidad en función de una serie de aconte-

2 ALTED VIGIL, Alicia: «Los niños de la Guerra Civil española: de la Memoria a la Historia». En: CRUZ, José Ignacio y MILLÁN, M^a José (eds.): *La Numancia errante, exilio republicano de 1939 y patrimonio cultural*. Valencia, Biblioteca Valenciana, 2002, pp. 65-90. La incidencia de las guerras en los niños durante el siglo XX con una especial referencia a la Guerra Civil, también la abordó en: «Historia de los niños de la guerra. Siglo XX». *FerrolAnálisis* (Revista editada por el Club de Prensa de Ferrol), 16, 2001, pp. 220-229.

cimientos que van marcando la conciencia de los individuos que integran un colectivo o grupo social en aras de definir su propia identidad. Es una historia compartida y elaborada desde la vivencia subjetiva de cada miembro de ese colectivo, historia en la que se reconocen a sí mismos. Por el contrario, los historiadores se acercan a esos acontecimientos y a quienes los vivieron desde fuera y con una conciencia crítica, pertrechados de un bagaje teórico y metodológico y con la finalidad de «objetivar» esa subjetividad y de comprobar la veracidad y fiabilidad tanto de los acontecimientos como de la manera como fueron vividos por sus protagonistas. Así se reconstruye una historia «vívida en tiempo presente», como un diálogo entre el historiador que inserta las vivencias individuales en un contexto, y el testigo que le ayuda a fijar los contornos del mismo y lo impregna de esa sensación que sólo tiene lo que todavía se siente vivo. Pero no se puede olvidar que un colectivo no es uniforme, lo forman un cúmulo de trayectorias individuales unidas por unos acontecimientos medulares que las marcan y, al fin y a la postre, modelan una identidad común.

Antes de continuar, creo necesario hacer una precisión con respecto al término «niño, niña de la guerra» que da título a este trabajo. El término se ha impuesto, desde hace años, pero sobre todo últimamente, en los ámbitos historiográfico y periodístico, y entre los propios afectados que lo consideran como un elemento esencial de su identidad. Pero ser niño o niña de la guerra no significa únicamente haber nacido y vivido la niñez en un país inmerso en un conflicto bélico, su verdadero sentido viene del hecho de que ese fenómeno va a suponer un cambio decisivo en su vida, cambio que en otras circunstancias no se hubiera producido. Los niños o niñas que se ven afectados directamente por una guerra en su entorno más cercano, arrastrarán, en su gran mayoría unas secuelas que, como lastre inútil y doloroso, les acompañarán a lo largo de sus vidas. En ese caminar el niño se encontrará con otros «niños» que vivieron una circunstancia similar. Esos encuentros, esas vivencias compartidas, irán actuando como catalizadores de una misma conciencia. Y es partir de aquí cuando el concepto de «niño de la guerra» adquiere su pleno significado porque en él se reconocen como colectivo sus propios protagonistas, son ellos los que le dan vida y le hacen inteligible.

En el caso de los niños que sufrieron la Guerra Civil de 1936-1939, ésta es sin lugar a dudas el elemento nuclear sobre el que se asienta inicialmente esa identidad colectiva. A partir de aquí el abanico de posibilidades se abre en función de una multiplicidad de variables: porque la guerra con sus secuelas no fue vivida de la misma forma por todos los niños. No la vivió igual un niño de 5 o 6 años que un adolescente. Tampoco los sentimientos y percepciones fueron similares en quienes se encontraban en lugares alejados de los frentes de lucha o en aquéllos que se veían inmersos en zonas afectadas directamente por el conflicto bélico. También a la hora de enfrentarse a las secuelas de una guerra hay que tener en cuenta si los niños fueron hijos de los vencedores o de los vencidos, permanecieron junto a sus familias o fueron separados de ellas, si se quedaron en el país o se les evacuó durante la guerra a otros lugares en el mismo país o al extranjero. Si una vez terminada la contienda, aquellos niños evacuados al exterior retornaron a España, se

reagruparon con sus familiares en un país extranjero ya como exiliados, o permanecieron solos en el país que les acogió en un primer momento. Otro aspecto es como fueron acogidos en España aquellos niños repatriados antes de que terminara la guerra o nada más concluir ésta... Como se ve, las variables son muy diversas, pero evidentemente el recuerdo de esos acontecimientos vividos en una etapa temprana va a determinar la vida de esos menores ya adultos. Hay algunas experiencias y estudios sobre esta diferente manera de vivir la guerra y sobre la incidencia de esos recuerdos en su vida posterior, pero es sobre todo en las últimas décadas cuando se está empezando a tomar conciencia de la magnitud de un problema que afecta a la población infantil en una escala progresiva.

Como ha estudiado Jesús Alonso Carballés con referencia a los niños vascos, aunque extrapolable al conjunto de «niños»³, en la construcción de una memoria colectiva de los niños de la Guerra Civil española se pueden distinguir una serie de etapas. Hay unos primeros tiempos de «silencio» e «integración» en los que los recuerdos están latentes en quienes los han vivido y sólo los comparten con las personas de su círculo familiar o social más próximo, son recuerdos individuales, desagregados porque no existe «un modelo de narración socialmente establecido». Cronológicamente este periodo se extiende desde finales de la guerra civil hasta mediados de los años sesenta.

La publicación del libro de Luis de Castresana: *El otro árbol de Guernica*, en 1967, marcó un hito ya que en el mismo su autor, partiendo de la vivencia personal, intentaba generalizar al conjunto de niños vascos evacuados a Bélgica durante la guerra. A partir de entonces empezaron a publicarse libros en los que los protagonistas relataban, de forma autobiográfica o mediante una narración novelada, su experiencia como niños de la guerra⁴. De esta manera comenzaron a reconocerse entre ellos sobre la base de elementos comunes que les unían y les daban conciencia de grupo. Entre 1975 y 1986 discurren años de transición política a la democracia, en los que la Guerra Civil es sentida por la sociedad como algo que debió evitarse y no debe producirse nunca más. Son años en los que los vencidos en la guerra reclaman su presencia en una historia que hasta entonces habían tenido que alimentar en la clandestinidad o fuera de las fronteras de su país porque oficialmente les había sido negada.

En 1986 se conmemoró el cincuenta aniversario del inicio de la Guerra Civil. En lo que se refiere a los «niños», supuso el «despegue» hacia una definitiva articulación de su memoria como elemento de identidad de un colectivo: Se empiezan a constituir las primeras asociaciones de Niños de la Guerra, se organizan reuniones de confraternización en torno a fechas significativas, se llevan a cabo viajes colectivos para reencontrar los lugares donde estuvieron de niños..., además sienten un vivo deseo de transmitir sus experiencias, para que no se olviden, a los miembros de la

3 «La construcción de una memoria colectiva del éxodo infantil vasco». *Ayer*, 32, 1998, pp. 163-193.

4 Uno de los últimos libros publicados hasta la fecha (mayo de 2003) en esta línea es el de Isabel Argentina ÁLVAREZ MORÁN: *Memorias de una niña de la guerra* (Edición, introducción y notas de Alicia Alted, Roger González y Jesús Suárez). Gijón, Ayuntamiento de Gijón/Museo del Pueblo de Asturias, 2003.

sociedad en la que nacieron y en menor medida de la que les acogió, sobre todo a las jóvenes generaciones, a través de un «discurso público» organizado y coherente. Es entonces cuando los historiadores (ya hemos dicho que el despegue de la historiografía sobre los Niños tuvo lugar a principios de los años ochenta) comienzan a acercarse a los «niños» y cuando algunos de éstos últimos se convierten en historiadores-testigos de su propia historia⁵. Proceso éste de confluencia entre una memoria viva y una historia que hoy en día sigue abierto.

«De todas la calamidades que pueden sobrevenir a un niño (o a cualquier persona) –escribe Peter Townsend– no hay otra peor que hacerle sufrir y morir ignorando el motivo. Un hombre sabe más o menos por qué va a la guerra. Un niño, no, a menos que se le haya efectuado un lavado de cerebro, e incluso en este caso termina siendo víctima de una violencia en cuya gestación no ha tomado parte»⁶.

Los niños que han sobrevivido a una guerra vivida de forma directa consideran que su infancia les fue robada, se ven a sí mismos, en cierto sentido, como una generación perdida. Esto es así porque pocos son los niños que salen indemnes de los conflictos bélicos que les han afectado de forma directa. Los que no mueren en el curso de los mismos, arrastrarán el resto de sus vidas secuelas físicas y/o psicológicas: el hambre, las enfermedades, el terror a los bombardeos aéreos o al estallido de las bombas, a los disparos de las armas de fuego ligeras, de la artillería...; la separación de sus seres queridos, la ruptura abrupta de su mundo de infancia, la destrucción de su entorno geográfico, la muerte... De esta manera, la guerra se convierte en algo con lo que los muchachos deberán convivir el resto de sus vidas, los recuerdos empañarán muchos momentos de su transcurrir cotidiano durante el día y alimentarán pesadillas durante el sueño.

En este sentido, Aldous Huxley en su introducción a una colección de 60 dibujos pintados por niños españoles alojados en colonias durante la Guerra Civil, subrayaba como casi todos esos dibujos contenían representaciones de aviones. Estos objetos eran «para los niños y niñas de España el símbolo de la civilización contemporánea (...). Para cientos de miles de niños españoles, así como para millones de niños chinos, el avión, con sus bombas y ametralladoras, es el objeto que, en el mundo en que vivimos y que hemos contribuido a construir, resulta más significativo e importante que todos los demás». Pero esos aviones que tanto asombro causaban a los niños, también les provocaban un terrible miedo por el ruido que producían y los efectos destructores de las bombas que lanzaban.

5 Pueden servir como ejemplo de esto los libros de Pierre MARQUES: *Les enfants espagnols réfugiés en France (1936-1939)*. Paris, Autoedition, 1993; y de Emilia LABAJOS-PÉREZ y Fernando VITORIA-GARCÍA: *Los niños españoles refugiados en Bélgica (1936-1939)*. Namur, Asociación de los Niños de la Guerra, 1997.

6 En *El grito de los niños*. Madrid, Ultramar, 1980, p. 16.

Resulta curioso ver como en los dibujos de niños sobre una guerra que han vivido de manera directa, siempre están presentes los aviones con sus bombas⁷.

Y el germanista y pedagogo Alfred Brauner en su visita a España en 1938, en compañía de su esposa Françoise (médico-cirujano), comentaba en estos términos los dibujos que hacían los niños en colonias y campamentos de las Brigadas Internacionales:

«En todos ellos el niño indica su pueblo como lugar del drama. Encima aparece siempre la terrible amenaza: ¡La aviación!. Estos dibujos de los niños son de un horroroso realismo. Encuéntrense los tipos de aviones bien diferenciados; la manera de bombardear y perseguir exactamente observadas; una gran admiración por la defensa contra la aviación. Nótese los detalles de la lucha aérea; la población huyendo; lo negro y lo rojo de los ataques nocturnos; la destrucción, donde solamente quedan en pie algunos retratos de familia clavados en una pared o algunos muebles»⁸.

El estallido de la Guerra Civil en julio de 1936 dividió trágicamente el país. Los hogares se deshicieron porque los padres y hermanos mayores tuvieron que incorporarse a la lucha en uno u otro bando, muchos fueron encarcelados, otros fusilados... Los niños contemplaron como se astillaba el mundo su infancia. En muchos casos tuvieron que abandonar precipitadamente sus casas, la escuela, sus lugares de juego, sus amigos... Y sin comprender el porqué de los hechos, empezaron a ver a su alrededor la destrucción, la muerte...

Como recuerda en el inicio de su «polibiografía» el escritor Miguel Salabert (tenía 5 años en 1936):

«Las primeras noticias que tuve de los hombres fueron las bombas. Nadie tenía tiempo entonces para pensar en la responsabilidad del mundo ante los ojos abiertos de un niño. Pasábamos los días corriendo de casa al refugio y del refugio a casa (...). Mi padre estaba en el frente. Mi madre pasaba el día entero en las ‘colas’ a la espera del azar (...). Yo me quedaba en casa con mi tío Juan. Tío Juan estaba enfermo (...). Éramos los mejores amigos del mundo, tío Juan y yo. Me lo dijo él un día. Fue él quien me explicó la guerra. Yo creía que a un lado había soldados y al otro también. Pero él me dijo que a un lado de la guerra estaban los pobres y al otro los ricos –Y nosotros, ¿somos pobres o ricos?

– Ni ricos ni pobres. Más pobres que ricos.

7 *The Still Draw Pictures. A Collection of Sixty Drawings Made by Spanish Children during the war.* J. A. WEISSBERGER ed. Introduction by ... New York, Oxford University Press, 1939.

8 *La guerra de España dibujada por sus niños.* Barcelona, Equipo al Servicio de la Infancia Amenazada [s.a., 1938].

- ¿Y quiénes son los buenos, los pobres o los ricos?
 Tío Juan sonrió y dijo:
 – Ninguno de los dos. Nadie es bueno. Pero los pobres tienen razón. A ellos les es más difícil ser malos.
 (...)

 – ¿Y quién va a ganar la guerra, tío Juan?
 – Nadie.
 – Entonces, ¿para qué vale la guerra?
 Tío Juan no respondió».

Y sobre su «primer encuentro» con la muerte escribe:

«Me escapé del refugio una tarde, en pleno bombardeo. Fue entonces cuando vi por vez primera morir a un hombre. Un ruido tremendo, ¡buuum!, un aluvión de cascotes; un hombre por el aire que aterrizó con la cabeza destrozada. La cabeza del hombre no abandonó durante mucho tiempo mi memoria. Volvía una y otra vez a mis sueños, de los que me despertaba dando gritos»⁹.

Otro escritor, Luis Garrido, en una novela que recrea la guerra y la posguerra desde los ojos de un niño primero, adolescente después, interroga a su maestra Clara, sin acabar de entender muy bien el porqué de los hechos que contempla. Tenía 9 años en 1937:

«Un domingo por la mañana me llevó la señorita Clara a la casa de sus padres. Vivían en un hotel muy bonito en una calle de Murcia que se llama *el Malecón*. A la entrada, una verja de hierro lo separaba de un gran edificio que me llamó la atención; era un hospital. Vi muchos hombres con brazos vendados, otros que se apoyaban en muletas para caminar sustituyendo con ellas la pierna que les faltaba. La señorita Clara me explicó que eran soldados.

- ¿Quién los ha herido?, pregunté.
 – Otros soldados.
 – ¿Y por qué? ¿Es que no se quieren?
 – No, Paquito, ni siquiera se conocen. Disparan sin saber a quién van a herir.
 – ¿Por qué lo hacen?
 – Porque se lo mandan

Empecé a darme cuenta de la importancia que tenía la frase. Tal vez fuese la misma razón por la que no se podía rezar en la guardería»¹⁰.

9 *El exilio interior*. Barcelona, Anthropos, 1988, pp. 19 y 20.

10 *Los niños que perdimos la guerra*. Madrid, Edimundo, 1987, pp. 10-11.

Estos ejemplos de una realidad novelada ponen en evidencia cómo ante situaciones inexplicables por ilógicas y absurdas, los adultos no saben qué decir o sus respuestas resultan necesariamente ambiguas. Por su parte, los niños perciben la impotencia de los adultos a la hora de encontrar respuestas convincentes a sus preguntas.

La guerra dividió al país en dos partes en las que desde el principio se produjeron desplazamientos de población civil. Este proceso se fue acentuando en la zona republicana conforme se recrudecían las ofensivas de los militares sublevados, lo que llevaba a un continuo repliegue de unidades del ejército y de población no combatiente. Esa obligada marcha se efectuaba a través de huidas «en desbandada», o mediante evacuaciones planificadas por organismos oficiales. Ahora bien, es evidente que ni esas huidas descontroladas ni las evacuaciones oficiales durante la guerra pueden considerarse una forma de exilio. Pero, en lo que respecta a los niños, estos desplazamientos y evacuaciones están en la base del exilio que sufrirían todos aquéllos que no fueron repatriados durante la guerra o nada más terminar ésta. Por otra parte, a este exilio directamente vinculado a las evacuaciones se sumaría el gran éxodo provocado después de la caída del frente catalán, y en el que también iban a estar inmersos los niños¹¹.

La primera salida masiva de población civil hacia la frontera con Francia se produjo a finales de agosto de 1936, con el inicio de la batalla final de Irún. Cuando comenzó, en octubre de 1936, el asedio de Madrid, el Gobierno creó un Comité de Refugiados (Oficina Central de Evacuación y Asistencia al Refugiado, desde febrero de 1937) con el objetivo de organizar la evacuación de la población hacia la costa mediterránea. En cuanto a las expediciones oficiales de niños al extranjero, las primeras datan de marzo de 1937. Una expedición llevó a la Unión Soviética a cerca de 100 niños procedentes de Madrid y Valencia. Otra condujo a 450 niños vascos a Francia, a la colonia «Casa Dichosa», situada en la isla de Olerón, donde permanecieron un mes. Después unos 300 fueron llevados a París y los restantes a Oostduinkerke, en Bélgica.

Es importante destacar la implicación del Gobierno republicano en la protección a los niños, a través del sistema de colonias colectivas o de régimen familiar. Estas colonias se situaban en zonas alejadas de los frentes, en especial en la costa valenciana y alicantina, en Aragón y Cataluña o bien en el extranjero. Aunque presentaban un carácter diferente, según el lugar donde estaban ubicadas, lo que animaba su creación era posibilitar que los niños pudieran reponerse física y psíquicamente de los traumas vividos, a la vez que continuar su proceso de escolarización en un marco que trataba de reproducir, en la medida de lo posible, el ambiente familiar roto. Pero las sucesivas derrotas sufridas por el ejército republicano, hizo que el Gobierno pronto se viera desbordado por el problema de las evacuaciones, por lo que fueron numerosos los organismos políticos, sindicales y de ayuda humanitaria que tomaron la iniciativa.

11 ALTED VIGIL, Alicia: «Las consecuencias de la Guerra Civil española en los niños de la República: De la dispersión al exilio». *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V, Historia Contemporánea*, 9, 1996, 207-228.

La evolución de la guerra en el frente norte, en la primavera de 1937, con los continuados bombardeos y bloqueo de poblaciones, sensibilizó a la opinión pública internacional en favor de los niños y aceleró el proceso de las evacuaciones. La iniciativa partió del Gobierno autónomo vasco quien, con el apoyo del Gobierno de la República, hizo un llamamiento a los distintos países para que se ofrecieran a acoger a los niños mientras duraba la situación bélica. A este llamamiento respondieron Francia, Inglaterra, Bélgica, la Unión Soviética, Suiza, Dinamarca y México. Suecia, Noruega y Holanda no acogieron a niños, pero financiaron el sostenimiento de colonias en la costa mediterránea española y en suelo francés, paralelamente en otros países se formaban comités que recaudaban dinero para ayudar al proceso de las evacuaciones y del sostenimiento de los niños en los lugares de acogida. En esta labor humanitaria desempeñaron un papel relevante algunas personas que volcaron una gran parte de sus energías en la ayuda a los niños. Ya he mencionado al matrimonio Brauner, también y como mero ejemplo podría citar al matrimonio noruego Gleditsch, Nini y Kristian¹².

Uno de los primeros comités que se crearon, en noviembre de 1936, fue el Comité d'Accueil aux Enfants d'Espagne por iniciativa de la Confédération Générale du Travail, con sede en París. Se constituyó con el apoyo de partidos, sindicatos y asociaciones de la izquierda y se ocupaba de los niños desde el momento en que partían. El primer destino eran los «centros de selección» donde se les distribuía para sus respectivos emplazamientos en colonias colectivas, algunas de las cuales fueron sostenidas por el propio Comité, o en régimen familiar. También se ocupaba de los niños que pasaban por Francia en tránsito hacia otros países como Suiza o Bélgica. No se puede dejar de mencionar tampoco los comités que, en Francia y en otros países, se constituyeron próximos a la iglesia católica.

El país que acogió un mayor volumen de niños fue, sin duda, Francia, cerca de 20.000. A Inglaterra fueron unos 4.000 niños. Bélgica recibió en torno a 5.000. A la Unión Soviética llegaron 2.900 en cuatro expediciones. México albergó a 455. Suiza a unos 800¹³ y Dinamarca un pequeño grupo de 100. En total, unos 33.000 niños fueron evacua-

12 El matrimonio Brauner recogió las experiencias vividas con los niños españoles en el primer capítulo de su libro: *Ces enfants ont vécu la guerre*. Paris, ESF, 1946. La labor de Nini y su marido la reconstruye Rose DUROUX en: «Alice, Nini et les autres. La Norvege au secours des réfugiés espagnols (1936-1945)». *Exils et migrations ibériques au XXe siècle*, 2, [s.a. 1996], pp. 63-95. El matrimonio Gladitsch adoptó una niña, Cristobalina, oriunda del pueblo turcolense de Villar del Cobo, huérfana de padre, y a quien la guerra había separado de su madre y de sus tres hermanos. Hasta 1962 Cristobalina no volvería a ver a su familia natural. Su hija Eva Koch ha reconstruido la historia familiar a través de la mirada y el recuerdo de los cuatro hermanos en el DVD: *Villar-Los hijos de Manuela* (2002).

13 Según cifras de la Delegación de Repatriación de Menores del Servicio Exterior de Falange, que indica que salieron 807 niños y fueron repatriados 643. Sin embargo, Sébastien Farré señala que sólo ha podido censar la salida de 432 niños. Véase su estudio: «Exilés et internés espagnols en Suisse: les relations bilatérales hispano-suisse (1936-1946)», en CERUTTI, Mario et al.: *La Suisse et l'Espagne de la République à Franco (1936-1946)*. Lausanne, Antipodes, 2001, pp. 110-112.

dos durante la guerra, de los que una parte se convertirían en exiliados forzosos tras su finalización¹⁴.

En cada uno de los países a los que fueron evacuados, la acogida fue diferente. Por ejemplo en el caso de Bélgica, la llegada de los niños fue precedida de una intensa campaña de sensibilización de la opinión pública belga por parte de los partidos y organizaciones de la izquierda, en especial del Partido Socialista Belga (POB-BWP). El POB, con la ayuda de una serie de organizaciones políticas y sociales, creó a finales de 1936 el Comité National pour l'Hébergement des Enfants Espagnols en Belgique (CNHEEB), en la Casa del Pueblo de Bruselas, con objeto de preparar la acogida de los niños. Se estima en torno a 5000 los niños evacuados a Bélgica durante la guerra, de ellos unos 3.350 eran vascos. El CNHEEB se hizo cargo de 2.500 a los que, según llegaban en las sucesivas expediciones, trasladaban a diferentes colonias socialistas situadas en la costa, donde los pequeños se reponían unas semanas antes de ser acogidos en adopción (apadrinados) por familias socialistas.

Hubo además otras instituciones que se ocuparon de la acogida. Unos 1.200 niños, casi todos vascos, fueron apadrinados por sectores católicos de la sociedad belga, ante la llamada que hizo el Cardenal Van Roey, Arzobispo de Malinas. Otros organismos acogieron a unos 1.000, como la Cruz Roja Belga, la sección belga del Office Internationale pour l'Enfance, Socorro Rojo Internacional o el Grupo Español para la Defensa de la República, creado en torno a la Casa de España en Bélgica. Casi todos los niños acogidos por organizaciones o familias católicas fueron repatriados tras la caída del frente norte, siendo recibidos en la frontera, como también iba a ocurrir en otros casos, por las autoridades franquistas que, acompañadas de una fuerte parafernalia propagandística, se aprestaban a acoger a estos niños «recuperados para la Patria». El resto lo fue nada más terminar la guerra. Los socialistas colaboraron en el agrupamiento de los niños para su repatriación, pero ésta fue llevada a cabo por intermedio de la Cruz Roja y de una Comisión neutral creada por el Gobierno belga. Permanecieron en Bélgica, ya como exiliados, unos 1.300 en régimen de adopción.

En Francia la mayor afluencia de niños se produjo durante la primavera y el verano de 1937. Se calcula que en septiembre de este año se encontraban en ese país unos 20.000 niños, en una gran mayoría vascos, aunque también los había de Asturias, Santander, Madrid... Llegaban en barcos a puertos de suroeste, principalmente a Burdeos, desde donde eran distribuidos por diferentes puntos de la geografía francesa. Los niños eran alojados en colonias o bien acogidos en familias. Se habilitaron también refugios para aquéllos que acompañaban a sus madres, hermanos, abuelos... Hubo también el caso de familias que tenían medios de subsistencia propios para poder mantenerse, el de aquéllas madres e hijos que fueron acogidos por familiares de la colonia de inmigrantes económi-

14 Sobre la presencia de los niños en los diferentes países de acogida, remito al trabajo citado en nota 2 y al artículo de Jesús ALONSO CARBALLÉS: «La historiografía sobre 'los niños del exilio': la historia olvidada». *Exils et Migrations Ibériques au XXe siècle*, 3 / 4, 1997, pp. 168-185.

cos que residían en Francia desde décadas atrás. El Gobierno vasco contribuyó eficazmente al sostenimiento de colonias y refugios para ciudadanos vascos, pero no era suficiente y la afluencia creciente de refugiados, niños y adultos, empezó a resultar una carga para el Gobierno francés, que fomentó, en todo momento, la repatriación. Se calcula que en junio de 1938 había en Francia unos 11.000 niños.

Entre finales de enero y primeros días de febrero de 1939 atravesaron la frontera con Francia cerca de medio millón de españoles. Se ha escrito mucho sobre las duras condiciones de la acogida y no voy a insistir aquí. Lo cierto es que, según el Informe que llevó el presidente de la Comisión de Hacienda a la Cámara de Diputados francesa, el 9 de marzo de 1939 (Informe Vallière), se calcula que en esos momentos se encontraban en ese país 170.000 personas no combatientes, de las que unas 68.000 eran niños. Éstos sufrieron la misma suerte que sus familiares. Unos pocos conocieron el rigor de los campos de internamiento, la mayoría fueron dispersados por diferentes lugares y acogidos en improvisados refugios. Una parte regresó a España, incluso en algunos casos de manera forzada, debido a la actitud adoptada por el Gobierno francés, a las presiones que ejercía el gobierno de Franco y al ambiente bélico que ya se respiraba en Francia en la primavera y el verano de 1939. Algunas mujeres reencontraron a sus maridos antes del estallido de la guerra mundial. Otras familias lograron reagruparse años después. En cualquier caso los hijos siguieron el destino de sus padres y los que decidieron quedarse después de 1945, se integraron en la sociedad francesa a la que aportaron su esfuerzo y trabajo.

La mayor parte de los niños evacuados a Inglaterra, Suiza y Dinamarca fueron pronto reclamados por sus familiares y repatriados, antes de que finalizara la guerra o inmediatamente después. A Inglaterra llegaron en mayo de 1937 cerca de 4.000 niños, casi todos vascos, a bordo del transatlántico Habana que atracó en el puerto de Southampton, iban acompañados de maestros, personal auxiliar y sacerdotes. Ya en el mes de febrero el National Joint Committee for Spanish Relief había ofrecido la posibilidad de acoger en ese país a niños vascos. Para ello se creó, dependiente del Comité, el Basque Children's Committee presidido por la Duquesa de Atholl. Al llegar, los niños fueron alojados en el improvisado campamento de North Stoneham, en donde permanecieron unas semanas antes de ser acogidos por familias católicas en unos casos, socialistas en otros. Una parte de los muchachos permanecieron en residencias en régimen de internado, distribuidas por diferentes lugares de Inglaterra, Gales o Escocia. Casi todos los niños fueron repatriados, sólo permanecieron ya como exiliados unos 500.

En el caso de Suiza, un primer grupo de niños vascos llegó en septiembre de 1937, siendo distribuidos entre familias católicas de Ginebra, Lucerna y Friburgo. El segundo grupo de 390 fue acogido, en los días finales de enero y primeros de febrero de 1939, por el Comité de Ayuda a los Niños Españoles que se había constituido en febrero de 1937, y que los distribuyó igualmente entre familias católicas y socialistas de varias ciudades. Esta presencia de los niños no contó con el apoyo del Gobierno federal deseoso de regularizar sus relaciones con el Gobierno de Franco. Por ello, pronto atendió la solicitud de este último para la repatriación de los niños. A finales de septiembre de 1939 la

mayoría habían sido repatriados, aunque una parte de ellos se reunieron con sus padres en Francia, adonde éstos habían llegado en el éxodo de 1939.

Por último, en Dinamarca se constituyó el Committee for Spanish Refugee Children que canalizó todo lo relativo a los niños, que llegaron en agosto de 1937, procedentes de Santander, Asturias y el País Vasco. Fueron divididos en dos grupos y enviados a sendas colonias en Ordrup y Odense, cerca de Copenhague. Como en otras ocasiones, al poco tiempo de la llegada de los niños, el Gobierno de Franco manifestó al Gobierno danés su deseo de que fueran repatriados. Se produjeron entonces, en el seno del Gobierno danés, una serie de tensiones sobre la conveniencia o no de esa repatriación. Un acuerdo con el representante de la España republicana en ese país, a finales de 1938, llevó a que Dinamarca se comprometiera en sostener un castillo habilitado en residencia, cerca de París, adonde serían trasladados los menores. En los meses siguientes una parte de ellos fueron repatriados y otros se reunieron con sus padres en Francia.

Los casos de México y la Unión Soviética presentan unas características particulares que los diferencian de los otros países, no sólo en lo relativo a la acogida y estancia de los niños, sino en el importante aspecto de la repatriación. Hay que tener en cuenta, en este sentido, que los dos países ayudaron a la República de diferentes maneras durante la guerra y que no reconocieron oficialmente al régimen de Franco, en ningún momento a lo largo de su existencia.

México acogió a cerca de 500 niños españoles en respuesta a la llamada que hizo el Comité Iberoamericano de Ayuda al Pueblo Español, con sede en Barcelona, al Comité de Ayuda al Pueblo Español, creado en México en octubre de 1936. El presidente de ese país, general Lázaro Cárdenas, mostró un vivo interés ante esa sugerencia y esto hizo que se constituyera un Comité de Ayuda a los Niños presidido por su esposa. De esta manera, el 7 de junio de 1937 desembarcaban en el puerto de Veracruz 455 niños procedentes de Burdeos. Al día siguiente llegaron a la ciudad de México donde fueron alojados en la Escuela «Hijos del Ejército nº 2». El 10 de junio eran recibidos calurosamente en Morelia por una multitud de personas. Aquí se les alojó en dos antiguos seminarios transformados ahora en colegios para niños y niñas, con el nombre de Escuela Industrial de México.

Pero el grupo de niños permaneció poco tiempo unido. En septiembre de 1937 habían abandonado la escuela 167. De ellos cuatro habían desaparecido, una parte fueron entregados a sus familiares residentes en México que los reclamaron, un pequeño grupo fue enviado a una escuela secundaria en Orizaba, 42 al internado España – México nº 2 en la ciudad de México... El Gobierno mexicano, por otra parte, no atendió las reclamaciones que hizo el Gobierno de Franco y las presiones, en este mismo sentido, de los miembros de la colonia de residentes económicos para que los niños fueran repatriados. Sólo retornaron 61 en circunstancias diversas.

El primer director de la Escuela de Morelia fue Lamberto Moreno, a quien se destituyó tras la muerte accidental de uno de los niños. Le sucedió Roberto Pérez Reyes. A pesar de las buenas intenciones, el lugar adonde fueron llevados los niños no estaba debidamente adaptado. Por otra parte, y aunque las niñas de mayor edad, como también ocurrió en la

Unión Soviética, trataron de suplir la presencia de los padres con los más pequeños, se sucedieron una serie de problemas entre los niños que permanecieron en la Escuela, que reflejaban el rechazo de éstos al lugar y al régimen de internado. Estaba también el problema ideológico, en un país que se encontraba todavía inmerso en un proceso revolucionario socialista, cuyo modelo educativo se aplicó a estos niños.

Mientras Lázaro Cárdenas ocupó la presidencia, los niños recibieron especial cuidado, además el propio presidente iba a verles de manera regular y hacía que vinieran a la ciudad de México en el periodo de vacaciones escolares. En 1940 Ávila Camacho sustituyó a Lázaro Cárdenas en la presidencia del país. A partir de entonces, el apoyo oficial a la Escuela empezó a disminuir. Con la ayuda de miembros de la colonia de residentes económicos, un grupo de niñas fue al orfanato Divino Pastor en Mixcoax y otro, al convento de las Madres Trinitarias en Puebla.

En diciembre de 1943 se terminaron las actividades en la Escuela y los muchachos que todavía permanecían en ella, fueron repartidos en varias Casas – Hogares en la ciudad de México. Aunque desde diversas instancias se trató de buscar acomodo para estos jóvenes, hubo un sentimiento general de desamparo y de falta de adaptación a la sociedad que en un principio les había acogido. En Morelia no se les dio realmente una formación para que por sí mismos pudieran trazarse un proyecto de vida personal y profesional y, por otra parte, la colonia de refugiados se desatendió de ellos. En cierta medida muchos de estos muchachos quedaron al albur, con los lazos familiares rotos, en un país que no era el suyo, y con un profundo sentimiento de frustración ante unas circunstancias que habían condicionado totalmente sus vidas, pero en cuya elección no tomaron parte. La sensación última y lo que ha perdurado en la memoria es que estos niños de Morelia fueron abandonados por el gobierno de Ávila Camacho, los refugiados españoles y las organizaciones del exilio. En cuanto a la ayuda que recibieron de la colonia de residentes económicos hay que matizar, ya que en la mayoría de los casos iba unida a un adoctrinamiento ideológico.

Antes de terminar, quiero hacer unas breves reflexiones en torno a lo que las separaciones, en el marco de conflictos bélicos, suponen de sufrimiento psicológico para un niño y al sentido de las evacuaciones oficiales de niños durante la Guerra Civil española, muy especialmente a colonias situadas en el extranjero.

En los ámbitos de la Psicología y de la Medicina se han publicado diversos estudios, ya desde los años de la Segunda Guerra Mundial, en donde se analiza el fenómeno de la evacuación individual de niños en el marco de un conflicto bélico. Los resultados son contradictorios, pues mientras unos autores minimizan los efectos traumáticos de la separación, sobre todo en los casos en los que el niño va acompañado de hermanos, primos o de adultos que, aunque no sean sus padres, están de alguna forma vinculados al mundo que abandonan; otros piensan que las evacuaciones influyen de manera más negativa en los niños que la vivencia de la guerra junto a la familia. En este sentido, se insiste en el hecho de que lo que más afecta emocionalmente a un niño inmerso en un conflicto bélico, es el ser alejado de aquellas personas que para él encarnan la protección

y la seguridad, sobre todo la madre, y el tener que dejar el mundo físico de su infancia o adolescencia. Resulta entrañable contemplar en fotos de evacuaciones de niños como algunos de ellos llevan entre sus brazos un muñeco, un cochecito..., cualquier objeto de su mundo de juegos que le ayudan a mitigar el sufrimiento de la separación.

En lo que respecta a la Guerra Civil hay que tener en cuenta, en primer lugar, la diferencia entre los niños que fueron evacuados al extranjero en expediciones oficiales durante la guerra, de aquéllos que partieron al exilio con miembros de sus familias tras la caída del frente catalán a finales de enero de 1939. En relación con el tema específico de las evacuaciones en los años de la guerra, se tienen que tomar en consideración varios factores para entender el porqué se decidió llevar a cabo esas evacuaciones individualizadas de niños. En primer término, se quería alejar a los menores del escenario bélico, del pánico que causaban en ellos, y en general en la población civil, los bombardeos aéreos indiscriminados a ciudades abiertas. Hay que pensar además que estas evacuaciones se concibieron con un carácter provisional. Los niños iban a una especie de campamentos de vacaciones donde se repondrían y gozarían de tranquilidad. Esto es lo que explica que los padres dieran el consentimiento para la evacuación de sus hijos. En algunos casos no se dio ese consentimiento porque los padres habían fallecido o estaban desaparecidos y los niños se encontraban en orfanatos, que, en más de una ocasión, fueron evacuados en su totalidad. Había también un componente de propaganda de cara a la opinión pública internacional y no faltaba tampoco el aspecto pragmático de la necesidad de evacuar de las zonas cercanas a los frentes a aquella parte de la población no apta para el esfuerzo bélico.

El problema es que estos niños corrieron una suerte muy diversa y resulta imposible la generalización. En unos casos la experiencia fue muy positiva, así la recuerdan y la han evocado de adultos. En Bélgica, por ejemplo, algunos de los niños apadrinados por familias se adaptaron muy pronto al nuevo ambiente y se encariñaron con su nueva familia, con la que conservaron relación una vez repatriados. Otros niños no encajaron en las familias adoptivas a las que fueron destinados. En algunos casos éstas se negaron a devolver a los niños a sus padres naturales...

En cuanto a los niños acogidos en colonias en régimen de internado, lo más negativo fue la separación prolongada en el tiempo que acabó, como en los casos de los niños evacuados a la URSS y a México, rompiendo los lazos familiares que dejaron en el país de origen. Muchos testimonios de jóvenes que retornaron de la Unión Soviética en las expediciones de los años 1956 y 1957, señalan el hecho de que cuando se encontraron con los padres, hermanos... que habían permanecido en España, experimentaron la sensación de estar ante unas personas extrañas. No obstante, hay que precisar en este caso de la URSS como, a pesar de esa separación que iba a determinar la vida de esos niños de manera definitiva, hay un factor en el que los propios protagonistas insisten: Las posibilidades que tuvieron de seguir unos estudios y de adquirir una especialización profesional, algo que en España, dada la procedencia social de la mayoría, hubiera sido muy difícil, cuando no imposible.

Los niños que fueron repatriados durante la guerra o en la inmediata posguerra, se encontraron con un mundo muy diferente al que habían conocido. No vivieron realmente el exilio y todo lo que esta situación existencial lleva consigo, pero en cambio fueron sometidos a un proceso de reeducación ideológica y tuvieron que soportar humillaciones y rechazos por ser los hijos de los vencidos, de los «rojos», con todo lo que de negativo implicaba esta denominación¹⁵. Y aunque aquí hablo de evacuación y exilio, no quiero olvidar (siquiera en breve mención) a los hijos de los vencidos que no fueron evacuados en la guerra ni partieron después al exilio, sino que fueron «hijos del interior»¹⁶ y con el testimonio de uno de ellos concluyo:

Francisca Aguirre tenía 11 años en 1940, su familia había quedado destrozada por la guerra. La madre y la abuela decidieron llevar a Francisca y a sus dos hermanas a un convento (después pasaron por otros, de Madrid) donde acogían a hijos de presos políticos cuyas familias no les podían mantener. En el segundo convento donde estuvieron (el Convento de las Agustinas) recuerda Francisca: «Cuando nosotras ingresamos, el ambiente era siniestro. Algunas monjas habían perdido durante la contienda hermanos, tíos, padres. Algunos víctimas de los bombardeos; a otros les habían matado los republicanos. Los malditos rojos, como decían ellas. Y para estas pobres mujeres, nosotras éramos también malditas rojas. Así que a la más mínima cosa, iba a la orden del día los pellizcos, los porrazos, castigos interminables de rodillas, gritos histéricos a todas horas. Nosotras no sabíamos como defendernos. Respirábamos a nuestro alrededor un aire de rencor, y ese rencor nos asustaba porque no podíamos hacer nada para anularlo. Sabíamos que éramos culpables, pero no sabíamos en que estribaba nuestra culpa»¹⁷.

15 ALTED VIGIL, Alicia: «Le retour en Espagne des enfants évacués pendant la guerre civile espagnole: la Délégation extraordinaire au repatriement des mineurs (1938-1954)». En: AA.VV.: *Enfants de la guerre civile espagnole. Vécus et représentations de la génération née entre 1925 et 1940*. Paris, L'Harmattan, 1999, pp. 47-59.

16 También los «niños del interior» están empezando a ser objeto de interés creciente por parte de los historiadores. Remito al libro de Ricard VINYES et alii: *Los niños perdidos del franquismo*. Barcelona, Plaza y Janés, 2002.

17 Recogido en: PONS PRADES, Eduardo: *Las guerras de los niños republicanos (1936-1995)*. Madrid, Compañía Literaria, 1997, pp. 248-258.